

ROGELIO RODRÍGUEZ CORONEL /
CUBA Y ESPAÑA: ENTRE LO UNO Y LO DIVERSO

(Este artículo fue publicado en *Lecturas sucesivas*. Editorial Unión, La Habana, 2008, pp. 175-185)

El sentido del sistema de relaciones culturales en el mundo contemporáneo demanda no pocas reflexiones y enfoques variados. Esta urgencia surge de la necesidad de preservar un proceso que nos preserve a nosotros mismos, y de evadir las consecuencias de las manipulaciones de diversa índole que otros intereses, menos generosos, siempre están tentados de realizar.

La simple observación de la realidad cubana demuestra las vetas hispánicas de su cultura, de una determinada manera de ser, de pensar y hasta de vivir. No comprendí el alcance de estas raíces hasta que no pisé tierra española; allí pude darme cuenta de que el estro delirante del cubano es de prosapia peninsular.

Es sabido que el cubano, como sujeto cultural, ha definido su identidad asumiendo como una de sus fuentes la cultura española en un proceso de interacción variada con la fuente africana, y aun más silenciada, pero no por ello ausente, con la cultura aborígen; sin olvidar de que, en determinados núcleos poblacionales, en este proceso también intervine, con variados registros, la cultura china. Me refiero al proceso de transculturación definido por don Fernando Ortiz.

No hay que reducir “identidad cultural” a “identidad nacional”. Aunque el establecimiento del estado-nación comienza a condicionar históricamente las modulaciones que alcanza la fisonomía cultural de un grupo humano, en América Latina y sus distintas regiones es perceptible, por ejemplo, una identidad cultural supranacional que se fue conformando antes del surgimiento de los estados, en diversos grados de resolución, derivada de los complejos procesos de transculturación y relaciones interculturales que han tenido lugar al sur del Río Bravo. No es una identidad metafísica, ahistórica, sino todo lo contrario: los vaivenes de una historia común le han otorgado un sentido y una proyección, una unidad a las numerosas contradicciones existentes. La cultura latinoamericana y sus culturas regionales y nacionales deben verse, recordando a Antonio Cornejo Polar, como totalidades

contradictorias¹. Y así es también susceptible de observar ese conjunto que se define como “cultura hispánica” o “cultura iberoamericana”, para enfatizar también la identidad conformada a través de los vínculos entre la cultura española y otras originarias y concurrentes en aquellos pueblos del otrora Nuevo Mundo.

“En esta América Nuestra lo que debe afirmarse es el tipo de humanidad que la caracteriza, capacitada para asimilar las diversas expresiones de lo humano que aquí se han dado dolorosa cita”², ha dicho Leopoldo Zea con toda razón. Sin embargo, quiero deslizar un matiz: no siempre la cita ha sido dolorosa; o puede haberlo sido en un aspecto y no en otro. El proceso de transculturación (y afirmo su mayor validez como categoría antropológico-cultural frente a otras muy al uso, como “hibridación” o “mestizaje”) de lo hispánico con lo africano e indígena, es el resultado gozoso, diría yo, de procesos traumáticos en otros planos, pero no en la producción cultural. Doloroso resulta el exterminio o encubrimiento de la cultura originaria de los sometidos por la de los dominadores; la marginalización — durante la colonia y aun en la república— de las fuentes africanas de nuestra identidad. Pero cuando comenzó el maridaje cultural, la inmersión en ese proceso le ha otorgado un rango de libertad considerable a la creación de los objetos culturales en América Latina y en Cuba; el productor cultural cubano, con razón, se siente “ciudadano del mundo”, y selecciona, asimila y recrea sus signos de acuerdo con sus apetencias y necesidades expresivas.

Pensó el conquistador español que engañaba a los aborígenes cuando le cambiaba oro por espejos. No sabía que le posibilitaba encontrarse con algo inapreciable: su propio rostro, una imagen que lo diferenciaba del otro distinto, a la vez que encontraba las similitudes. Desde entonces estamos indagando.

Con el descubrimiento europeo de América el mundo alcanza su verdadera estatura geográfica y se acelera el curso de la historia. Comenzó así lo que cinco siglos después reconocemos como el proceso de globalización planetaria, particularmente debatido en este fin de siglo por su perfil neoliberal y las lacerantes consecuencias sociales.

¹ Cf. Antonio Cornejo Polar: “La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias”. En Ana Pizarro (coordinadora): **Hacia una historia de la literatura latinoamericana**, El Colegio de México, México, 1987.

² Leopoldo Zea: **Descubrimiento e identidad latinoamericana**. UNAM, México, 1990, p. 54.

Este reconocimiento de un movimiento integrador inevitable, inherente al propio desarrollo de la economía mundial conducida por el capitalismo, que convierte al mundo en una “aldea global”, trae aparejado, sin embargo, también la conciencia de lo diferente. Se crea así una tensión particular en el interior de nuestras sociedades entre una fuerza centrípeta (revalorización de lo autóctono o marginal, ya en la periferia de los procesos centrales de integración) y otra centrífuga (asunción indiscriminada de signos culturales aparentemente “integradores”, pero realmente enajenantes por el carácter unipolar y la consecuente manipulación ideológica y política del proceso).

No ha sido la cultura cubana ajena a este movimiento. Es más, por las contradicciones inherentes a su surgimiento histórico, por las características demográficas de su conformación, por la presencia tangible de un sujeto cultural otro, distinto en diversos planos, incluida la lengua, pero dominante hasta hace cuarenta años y ahora convertido en su principal enemigo político y económico, la identidad cultural cubana cumplió y cumple con una función de resistencia a la vez que cimenta y ensancha conscientemente sus nexos con España y Latinoamérica.

En un artículo de 1936, publicado en *El Sol*, de Madrid, Rafael Alberti, con la síntesis y la gracia del poeta y la agudeza del político, comenta este proceso de manera peculiar. Luego de describirnos cómo dos años antes de terminar el siglo XIX, el *sí* criollo, que se “pronunciaba suave, flexible, lleno de cadencia”, derrotaba al *sí* español, “duro, seco, punzante, poderoso”, reflexiona:

Era el último *sí* castellano que a España le quedaba en América: un *sí* que al cabo de tanto desesperado esfuerzo se le volvía un *no*, un *sí* libertado. ¿Libertado verdaderamente? Si abandonando las aguas isleñas regresaban fugitivas hacia la Península las cáscaras de nueces que España había enviado como barcos de guerra al Mar de las Antillas, por los verdes litorales cubanos entraba el mismo día, en buques que llevaban tendidas en sus mástiles cuarenta y ocho estrellas y trece bandas, un enemigo nuevo de ese *sí* recién libertado, ahora un *sí* traducido: el *yes*, entraba el *yes* de los americanos del Norte. Desde ese mismo instante, entre la nueva afirmación y la criolla comienza otra batalla, aún más dura, más brutal, más violenta que la anterior.

En esa batalla entre el *sí* y el *yes* que se inicia con la república, Cuba cuenta con basamentos que resisten cualquier proceso de desculturación.

El criollo había definido su identidad nacional sin negar su identidad cultural hispánica, aunque la tendencia independentista en el plano intelectual lo llevara a ampliar sus horizontes; su identidad nacional se había definido frente al dominio colonial español, pero su identidad cultural asumía la herencia ancestral, una de las más ricas de la tierra. El momento de máxima condensación de este proceso identitario nacional y cultural ocurre en la segunda mitad del siglo XIX, y su expresión más luminosa la encontramos en la obra de José Martí, el organizador de la guerra de independencia de 1895 y también del alerta primero sobre “el gigante de las siete leguas”. Por cierto, y como nota al pie, creo que un ejemplo soberano de las diferencias y nexos entre la identidad nacional y la cultural en ese proceso identitario se fijan nítidamente en el poema “La bailarina española”, de Martí.

Así, la resistencia y afirmación de nuestra identidad frente al *yes* —para continuar con la imagen de Alberti— tenía como pivote fundamental la pertenencia a la cultura del *sí*, en un sistema de relaciones que rebasaba las fronteras nacionales.